

POLÍTICA Y ELECCIONES EN ARGENTINA EN 2007

*Carlos M. Tur Donatti**

RESUMEN: En este texto hacemos una descripción-análisis del juego político y electoral durante el año 2007, que culminó con las elecciones generales de octubre. Nos ocupamos particularmente de las características de las campañas partidistas y de las novedades y permanencias que muestran los resultados. Intentamos discriminar las preferencias electorales por regiones y sectores sociales, distanciados de algunos lugares comunes difundidos por grandes medios de comunicación con evidentes fines de crítica a la fórmula triunfante. Hacemos notar, finalmente, que la rápida superación de la crisis económica de 2001-2002 no tuvo una correlativa mejoría en la calidad del juego político institucional.

PALABRAS CLAVE: Política, Comportamiento electoral, Proyectos de Nación, Diferencias regionales y clasistas.

ABSTRACT: In this text we make a description-analysis of the political and electoral games during the year 2007 that culminated with the general elections of October. We deal particularly with the characteristics of the partisan campaigns and of the novelties and permanencies that show the results. We try to discriminate against the electoral preferences by regions and social sectors, distanced of some common places diffused by big media with evident critic intention to the winning party. We make notice, finally that the quick overcoming of the economic crisis of 2001-2002 didn't have a correlative improvement in the quality of the political institutional game.

KEY WORDS: Politics, Electoral Behavior, Projects of Nation, Regional and Classist Differences.

Las elecciones provinciales y nacionales de 2007 en Argentina parecen cerrar una etapa de recuperación de la vida nacional y permiten vislumbrar una salida relativamente heterodoxa a la crisis generalizada de 2001-2002, pro-

* Instituto Nacional de Antropología e Historia (cmtd_38@hotmail.com). Agradezco la valiosa colaboración de Iriteri Sanvicente Flores.

vocada por el estallido del modelo neoliberal globalizador y la expulsión-renuncia de Fernando De la Rúa.

A partir de 1975-1976 se aplicó en el país conosureño una estrategia económica centrada en la valorización financiera, que condujo a la destrucción-reconversión de la estructura económica-social creada a partir de los años treinta. La imposición del nuevo modelo neoliberal globalizador se logró mediante la aplicación de diversas formas de violencia sobre el grueso de la población argentina. A la abierta dictadura militar genocida, le siguió la hiperinflación desquiciadora y el temor al desempleo y el inevitable descenso a la marginalidad social.¹

Estas transformaciones regresivas debilitaron al otrora poderoso movimiento sindical y obligaron a los partidos políticos a abandonar sus anteriores postulados programáticos y, desde 1983, se limitaron a practicar una democracia de baja intensidad. El caso más extremo de esta mutación lo constituyó el peronismo. Hasta 1975-1976, un paradigmático movimiento nacional desarrollista, que, durante las dos presidencias de Carlos Saúl Menem en la década de los noventa, se sumó decididamente al fundamentalismo neoliberal, y culminó la tarea destructora que habían inaugurado el caótico gobierno de Isabel Perón y la dictadura militar instaurada en 1976.²

A partir de finales de los años noventa el modelo económico comenzó a mostrar sus limitaciones, y la inoperancia del gobierno de De la Rúa para responder a los nuevos desafíos, hizo inevitable su dramática quiebra en diciembre de 2001. En este escenario de catástrofe nacional se clausuró así la experiencia de un cuarto de siglo, en el que se prometió crecimiento y prosperidad, y acceso al Primer Mundo, cuando la profundidad de la debacle llevó a la posibilidad de la desintegración nacional.³

¹ Maristella Svampa, *La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Tauro, 2005.

² Luis Alberto Romero, *La crisis argentina. Una mirada al siglo XXI*, Buenos Aires, FCE, 2002.

³ Aldo Ferrer, *La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*, Buenos Aires, FCE, 2004.

LOS AÑOS *K*

La crisis generalizada, la efervescencia social y el descrédito de los partidos obligaron al presidente provisional Eduardo Duhalde, el cacique peronista de la provincia de Buenos Aires, a convocar a elecciones en las que triunfó con un magro 22% el gobernador Néstor Kirchner, de la sudpatagónica provincia de Santa Cruz. Las expectativas que despertaba el nuevo mandatario, político poco conocido y candidato del *padrino* Duhalde, para oponerse al expresidente Menem, que intentaba regresar al poder reivindicando su gestión neoliberal de los años noventa, eran comprensibles y notoriamente bajas.

Néstor Kirchner instalado en la presidencia inició una doble estrategia de construcción de su propio poder y de reconstrucción de la capacidad operativa del Estado nacional. Tomó medidas drásticas de limpieza de policías corruptos, militares represivos y desprestigiados jueces menemistas de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Estas acciones audaces le ganaron un sorprendente apoyo de los sectores medios urbanos.

En el ámbito de la política económica las novedades no fueron menores. La profundidad de la crisis económica —el PIB cayó 13.6% en 2002, con respecto al ya flojo año anterior—⁴ y la agobiante deuda estatal empujaron al nuevo equipo a profundizar una vía heterodoxa, que se había insinuado en la breve administración anterior con la designación de Roberto Lavagna, un prestigiado técnico de la línea nacional desarrollista.

El equipo económico, decidido a defender la producción manufacturera interna, estableció una cotización del dólar que desalentaba las importaciones y actuaba como barrera protectora de las actividades industriales. Otros pasos significativos de esta estrategia neodesarrollista fueron lanzarse a una agresiva renegociación de la deuda externa —logrando una excepcional rebaja del 65% del monto total—,⁵ establecer altos impuestos

⁴ Cable de la agencia EFE del 10 de noviembre de 2002, citando cifras del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC).

⁵ Julio Sevares, “Crecimiento sin cambio de fondo”, *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, octubre, 2007, p. 6.

a las exportaciones agrícolas y elevar la eficacia de la recaudación fiscal, medidas cuyos resultados permitieron al Estado nacional invertir en obras públicas a lo largo del país. Así el Estado recobraba su antigua función de promotor de la vida económica y se asumía, además, como real controlador en la prestación de servicios públicos concesionados, cuyos titulares habían abusado escandalosamente ante la pasividad cómplice y corrupta de las administraciones anteriores.

La eficaz gestión de Lavagna-Kirchner permitió revertir la crisis y relanzar la economía a una tasa de crecimiento cercana al 9% anual, con la consiguiente mejoría de los indicadores macros en el plano social. Se ha registrado además un novedoso cambio en la distribución del ingreso nacional a favor de los asalariados de casi 7% del PIB con respecto al 34.6% de 2002,⁶ pero la estructura productiva heredada no sufrió modificaciones apreciables y se amplió la venta de empresas argentinas a inversionistas internacionales. Al punto que se ha comentado, con cierta malevolencia, que los futuros ministros de Cristina Fernández para tomar decisiones importantes tendrían que viajar en consultas a Nueva York, las capitales europeas o México.

Las consecuencias socioeconómicas de la rápida reactivación productiva prestigieron la figura presidencial, pero la disagregación de los partidos políticos no fue revertida por la acción estatal o por una renovada legitimidad desde las bases. Néstor Kirchner privilegió el ámbito económico en su administración, y no supo o no pudo reordenar el juego político nacional.

Para asegurar la sucesión presidencial, en cambio, desplegó la táctica de sumar adhesiones a partir del desprejuiciado manejo de la chequera presidencial y logró así ganarse el apoyo de decisivos intendentes municipales y gobernadores provinciales, provenientes del radicalismo fragmentado y en extinción o del debilitado peronismo neoliberal o duhaldista.

La conflictividad social, superado el momento crítico de 2002, fue amainando por el desgaste de sus manifestaciones espontáneas y la acción contenadora de un amplio programa de subsidios a los desocupados. Las organizaciones de derechos humanos, las piqueteras y los debilitados sin-

⁶ Marta Vasallo, “La ‘era K’”, *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, noviembre, 2007, p. 4.

dicatos fueron a su vez objeto de un persistente intento cooptador del oficialismo y, el cambio paulatino en el mercado laboral y en la expectativas populares, ha incrementado simultáneamente los reclamos gremiales y limitado su autonomía con respecto al Estado.

Los sectores medios de las ciudades mayores, aventaba la pesadilla del empobrecimiento sin límites y recuperado su nivel de consumo, comenzaron a prestar oídos a las críticas sobre la pobre calidad institucional de la esfera estatal, la inseguridad ciudadana y cierto nivel de inflación. Características éstas de la vida social tan reales como tendenciosamente infladas por la oposición, y la casi unanimidad de los medios impresos y electrónicos, a los que por su lado el presidente se mostraba poco accesible.

¿Cuál es entonces el balance final de la administración Kirchner? Una superación exitosa del *crack* de 2001-2002 de un ritmo y duración excepcionales, con crecimiento del empleo y caída de la pobreza, a pesar de que no se ha modificado la estructura productiva heredada de la década de los noventa. El entorno internacional favorable ha facilitado sin duda la recuperación económica y sus consecuencias sociales positivas, pero este vuelco alentador no se hubiese logrado sin restaurar en alguna medida el papel promotor y benefactor del Estado, propio de la tradición nacional desarrollista en su vertiente peronista.

EL PANORAMA PREELECTORAL

En el último año del gobierno kirchnerista algunos escándalos de corrupción que involucraban a altos funcionarios y los tropiezos en la provisión energética a la economía, derivados de la disputa entre las transnacionales petroleras volcadas a la exportación y el gobierno preocupado en priorizar el abastecimiento interno, ofrecieron motivo a una crítica opositora que había establecido ya auténticos récords de desproporción: Elisa Carrió, por ejemplo, comparó al presidente con Adolfo Hitler,⁷ e impactó en los sectores

⁷ Ernesto Tenembaum, "Entre don Corleone y JFK", Revista Veintitrés, Buenos Aires, 15 de julio, 2005, p. 19.

medios y medios-altos, principales beneficiarios por otro lado de la reactivación económica.

El manejo concentrado del poder nacional por el presidente y su equipo inmediato, respondía a la urgencia de restaurar la autoridad del Estado y a la carencia de un partido propio en las cámaras legislativas, circunstancias que los obligó a las más heteróclitas alianzas, muchas de ellas con reconocidos representantes de “la vieja política”, antes repudiada tanto por Kirchner como por su esposa.

Estas alianzas oportunistas con el aparato corrupto y clientelista del peronismo y la campaña para captar gobernadores e intendentes radicales y duhaldistas, le valieron al Ejecutivo una catarata de impugnaciones sobre la fragilidad y subordinación de las diferentes instancias estatales; en conclusión, sobre la pobre calidad de la vida institucional y democrática.⁸

Si el personalismo y decisionismo en el ejercicio del poder nacional, de largos antecedentes en la tradición peronista, eran blancos de las críticas opositoras, la imposición de su propia esposa Cristina Fernández de Kirchner, prestó indudable sustento a la afirmación de que dicho manejo era más propio de una monarquía hereditaria que de una república democrática.⁹

En los meses previos a las elecciones de octubre se fue deteriorando el buen crédito presidencial, pero los partidos opositores al no poder armar una coalición alternativa ni definir sus ofertas programáticas —salvo en el último momento la Coalición Cívica de Elisa Carrió, en el intento de forzar una segunda vuelta— dejaron a la candidata oficial, con el nada disimulado apoyo estatal¹⁰ que realizara la campaña que mejor le convenía. En consecuencia restringió su exposición mediática en el país y realizó giras por el exterior, en adelantado papel presidencial.¹¹

⁸ Carlos Pagni, “Se cierra el círculo de una administración personalista”, *La Nación*, Buenos Aires, 28 de octubre, 2007, p. 8.

⁹ James Neilsen, “La aventura continúa”, Revista *Noticias*, Buenos Aires, 2 de noviembre, 2007, p. 24.

¹⁰ “La inmoral campaña del oficialismo”, editorial de *La Nación*, Buenos Aires, 14 de octubre, 2007, p. 20.

¹¹ “No hablar puede ser una buena estrategia para Cristina”, entrevista de Fernando Laborda al consultor estadounidense Dick Morris, *La Nación*, Buenos Aires, 12 de octubre, 2007, p. 10.

Las principales fuerzas opositoras conducidas por la mencionada Carrió, de notable carisma y acentuado divismo, que se ha desplazado de un liberalismo de izquierda a un más moderado liberalismo católico; por el ex-ministro de Economía, Roberto Lavagna, confiado en el recuerdo de su excepcional desempeño gubernativo y en el apoyo del disminuido aparato electoral del radicalismo no aliado al presidente, y finalmente por Alberto Rodríguez Sáa, representante del peronismo conservador neoliberal y duramente opuesto a los Kirchner; estos tres candidatos armaron las campañas que pudieron según sus medios, no logrando modificar un ambiente político caracterizado por el desinterés ciudadano y la falta de debates entre las personalidades y las fuerzas contendientes.¹²

A este ambiente de tan baja intensidad participativa contribuyeron una extendida satisfacción en los sectores populares por los resultados obtenidos en la gestión kirchnerista y la convicción difundida en la sociedad del inevitable triunfo de la candidata oficial. Los analistas políticos de los principales medios no podían evitar la comparación entre el fervor y la participación en anteriores campañas —en particular las de 1973 en que se impusieron Héctor Cámpora y Juan Domingo Perón, y en la que triunfó el radical Arturo Alfonsín diez años después— con el ambiente de generalizada apatía y aburrimiento que campeaba en los meses previos a octubre.¹³

Aun los movimientos sociales surgidos en los últimos lustros, que parecían destinados a crear nuevos actores y formas de actuación ante la disgregación de los partidos históricos, estuvieron lejos en esta coyuntura de llenar dichas expectativas. Un sector de las Madres de la Plaza de Mayo, cooptado por la política de derechos humanos del gobierno, decidió prestar su apoyo a Cristina Fernández de Kirchner, y el más mediático de los líderes piqueteros, Raúl Castells, se postuló a la presidencia obteniendo un resultado paupérrimo.

¹² “No hay discusión política ni debate en la TV ¿pero a alguien le importa?”, *Clarín*, Buenos Aires, 22 de octubre, 2007, p. 6.

¹³ “Campañas eran las de antes”, editorial de Osvaldo Pepe, *Clarín*, Buenos Aires, 16 de octubre, 2007, p. 2.

Aquel reclamo estentóreo de diciembre de 2001 “¡que se vayan todos!”, que manifestaba la total deslegitimación de la política convencional y que precipitaría la atomización de los partidos tradicionales, no tuvo plena satisfacción en octubre de 2007. Aunque líderes de primera línea de etapas anteriores —Raúl Alfonsín, Carlos Saúl Menem, Domingo Cavallo, Fernando De la Rúa— han quedado fuera de juego y sus fuerzas se han pulverizado, al punto que radicales y peronistas se encontraban apoyando los más diversos candidatos en todos los niveles institucionales en disputa.

Ejemplo contundente de dicha disgregación lo ofreció el peronismo dividido entre kirchneristas, duhaldistas y menemistas, que en los distritos electorales del Gran Buenos Aires presentaban tres, cuatro y hasta cinco candidatos al poder municipal y todos llevaban como postulante única a la presidencia a Cristina Fernández de Kirchner. Los viejos caciquismos territoriales y su cauda de oportunismo, corrupción y clientelismo apoyaban unánimemente a la candidata oficial, que dice repudiar dichos manejos como expresión de “la vieja política” a superar.

¿QUÉ MUESTRAN LAS ELECCIONES?

El mismo día de la elección presidencial, se realizaron comicios en ocho provincias, emplazadas en las distintas regiones de la geografía argentina y en todas triunfó el oficialismo kirchnerista. El éxito de mayor impacto político del Frente por la Victoria se produjo en la superestratégica provincia de Buenos Aires, con un 50.29% de la votación para la gubernatura y los restantes triunfos abarcaron desde el noroeste (Salta y Jujuy) y el noreste (Formosa y Misiones), pasando por el centroeste (La Pampa y Mendoza), llegaron a Santa Cruz, en el extremo sur patagónico. Las cifras de apoyo fueron de 35.84% en Jujuy a 72.75% en Formosa, usando en el primer caso la denominación de Frente por la Victoria y en el otro, la más añeja de Partido Justicialista.¹⁴

¹⁴ “El kirchnerismo se quedó con las ocho gobernaciones en disputa”, *Clarín*, Buenos Aires, 30 de octubre, 2007, p. 25.

Este éxito arrasador, que asegura además el control de ambas cámaras legislativas nacionales, se produjo sumando kirchneristas convencidos, antiguos entusiastas del menemismo y radicales que se montaron al carro oficial. Esta nueva configuración del mapa político del país provinciano no mereció de los grandes medios el interés que despertó la disputa por la presidencia.

No resulta ocioso para entender la dinámica político-electoral de todo el año 2007, hacer referencia a las elecciones previas a octubre que se realizaron en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y las provincias de Tierra de Fuego, Santa Fe y Córdoba, espacios en que se dieron resultados diversos, pero que parecen apuntar a una cierta renovación de la política institucional con base en orientaciones y actores relativamente nuevos, que intentan dejar atrás la histórica dicotomía entre radicales y peronistas.

En la ciudad de Buenos Aires el próspero empresario Mauricio Macri, integrante de una familia que se enriqueció durante la dictadura militar y presidente del popular club de fútbol Boca Juniors, derrotó en segunda vuelta a Daniel Filmus, candidato del oficialista Frente por la Victoria (FPV) con un contundente 61% a sólo 39%. Macri propuso a los porteños vueltos a la prosperidad y preocupados por la inseguridad pública un proyecto de gestión apolítica y gerencial, de clara inclinación neoliberal. Este dirigente se ha convertido así en el principal referente nacional de las fuerzas de derecha y el primer miembro de la alta burguesía que gobierna personalmente Buenos Aires desde 1916. Se ha erigido entonces en el probable aglutinador de las tendencias que rechazan a los Kirchner y abogan por una irrestricta economía de mercado y un acercamiento a Estados Unidos. En el panorama político argentino, que, en vieja época no contaba con una tendencia conservadora abierta y estructurada en el nivel nacional, tiene hoy en Propuesta Republicana (PRO) y en su líder Mauricio Macri esa posibilidad de concretarse; posibilidad que contaría con el seguro beneplácito de Washington.¹⁵

Otros triunfos opositores sobre candidatos oficialistas en las provincias de Tierra de Fuego y de Santa Fe, a pesar de las notorias diferencias

¹⁵ "Macri emerge como líder de la oposición Argentina", *El País*, Madrid-Méjico, 5 de junio, 2007, p. 7.

entre estos dos distritos electorales, sugieren transformaciones progresistas que apuntan al futuro y rechazo a candidatos y aparatos peronistas que Kirchner encolumnó detrás de las siglas de su marca, el FPV.

El sorpresivo triunfo de Fabiana Ríos, candidata de la Agrupación para una República Igualitaria (ARI) a la gubernatura, en la remota y bellísima Tierra del Fuego, la convirtió en la primera mujer en ocupar el Poder Ejecutivo en una provincia argentina.¹⁶ Esta victoria viene a confirmar una creciente participación femenina que se observa en cámaras legislativas y ministerios nacionales y provinciales. No resulta entonces casual que las dos candidatas presidenciales más votadas en los comicios de octubre fueran mujeres: Cristina Fernández de Kirchner por el FPV y por la Coalición Cívica, Elisa Carrió.

En las estratégicas provincias de Santa Fe y Córdoba, al contrario de lo ocurrido en la ciudad de Buenos Aires, se vivieron procesos electorales diferentes por sus resultados pero que parecen sugerir una cierta profundización democrática, conducida por líderes y orientaciones relativamente nuevos, que pretenden dejar atrás la puja entre los partidos tradicionales, hoy en disgregación.

El triunfo del candidato socialista Hermes Binner, en la provincia de Santa Fe, lo convierte en el primer gobernador de dicha tendencia en la historia política argentina. Este Partido Socialista, una recreación del partido original fundado en 1896 y que entró en decadencia con el primer peronismo, ha administrado la mayor ciudad de la provincia, Rosario, con eficiencia, honestidad y sensibilidad por lo social, contrastando agudamente con el estilo del peronismo santafesino, un paradigmático representante de la vieja política expresada en nepotismo, demagogia clientelar, irresponsabilidad social y corruptelas administrativas, demostrados a lo largo de 24 años en sucesivas administraciones.¹⁷

¹⁶ “Fabiana Ríos, de farmacéutica a gobernadora”, *Clarín*, Buenos Aires, 24 de junio, 2007.

¹⁷ Mario Rapoport, “Abre una perspectiva diferente”, *Página 12*, Buenos Aires, 4 de septiembre, 2007, p. 4.

Al contrario de lo sucedido en Buenos Aires, Tierra de Fuego y Santa Fe, en Córdoba el aparato electoral del peronismo y las maniobras del gobernador Juan Manuel de la Sota, bloquearon con los peores manejos el triunfo del carismático Luis Juez, honesto y popular intendente de la capital provincial, apoyado por casi toda la oposición. Mientras en Santa Fe el resultado electoral se conoció a las pocas horas de cerradas las urnas, en Córdoba a la semana no había cifras definitivas. El poder presidencial, por su lado, entre el empuje popular de Juez y el poder caciquil de de la Sota, terminó apoyando al candidato del gobernador en abierta contradicción con su pregonada distancia de “la vieja política”. La movilización de masas que encabezó Juez en repudio al manejo electoral que le birló la gubernatura ha demostrado que en Córdoba las formas callejeras y masivas de participación política han vuelto a reverdecer, reivindicando una añeja tradición de lucha popular.¹⁸ Aunque de la Sota impuso finalmente a su protegido, el escaso prestigio de las corrientes peronistas —tanto del kirchnerismo como la del gobernador, más a la derecha— salió todavía más disminuido, lo que explica el único triunfo provincial de Roberto Lavagna en la elección presidencial de octubre.

Sobre la mencionada elección presidencial de octubre, los grandes medios impresos y electrónicos impusieron su particular lectura de los resultados: Cristina Fernández de Kirchner ganó en el conurbano bonaerense, en las provincias pobres del noroeste y el noreste y en la próspera y poco poblada Patagonia; en las grandes ciudades de la región central pampeana se impusieron las diversas oposiciones. Se tendió a explicar —en esta interpretación— que la movilidad de los votantes favoreció a los opositores, y que la clave de los triunfos oficialistas se explican por el control caciquil del tradicional aparato peronista.

Una observación más atenta muestra, sin embargo, que no se debe exagerar con respecto a la movilidad de los votantes inclinados a la derecha, ni sobre la incidencia presuntamente decisiva del clientelismo sobre los sectores pobres.

¹⁸ “¿Y ahora qué?”, *Blogs La Voz*, Córdoba, 21 de septiembre, 2007.

Existe una memoria popular que identifica al peronismo como el partido que beneficia a los de abajo, y esta convicción se ha visto ratificada por las mayores posibilidades de empleo, las nuevas pensiones aunque mínimas y el mantenimiento de los subsidios a los desocupados. En la lógica popular estos aspectos positivos de la coyuntura económica y la política oficial son percibidas como posibilidades de escapar a la incertidumbre y a la indigencia; sienten que el Estado vuelve a preocuparse por ellos y entregan su voto a la abanderada del Frente por la Victoria.

Esta inclinación popular por el peronismo, reforzada por el múltiple accionar de su aparato clientelar, no resulta siempre una segura garantía de éxito. Los triunfos nacionales de Raúl Alfonsín y Fernando De la Rúa y el provincial reciente de Hermes Binner, sobre los respectivos candidatos peronistas, demuestran que los “manipulados clientes” se guardan un buen margen de autonomía y lo expresan reiteradamente en las urnas.¹⁹

En el énfasis de la derrotada candidata Elisa Carrió y en los comentarios de los grandes medios sobre los resultados de octubre, se ha dejado traslucir cierta mentalidad clasista, que en la historia social argentina tiene sólidos antecedentes. Sobrevalorar que las distintas oposiciones se impusieron en todas las grandes ciudades y que los cultos y democráticos sectores medios y medio-altos se inclinaron masivamente por la Coalición Cívica, resulta una lectura tan parcial como tendenciosa.²⁰

Es incuestionable que las/los candidatas/os presidenciales de las oposiciones —respondiendo al influjo de diversas razones y configuraciones de fuerzas locales— se impusieron en tres centros urbanos claves: la Ciudad Autónoma de Buenos Aires con 3 millones de habitantes, Córdoba con 1 millón 200 y Rosario con 1 millón 100 mil. Ampliando y afinando el análisis comprobamos sin embargo que Cristina Fernández de Kirchner se impuso en 8 de las ciudades con más de 150 mil votantes y las oposiciones sólo en

¹⁹ “Alpargatas sí, centros urbanos no”, *Página 12*, Buenos Aires, 1º de noviembre, 2007, p. 4.

²⁰ Fernando Laborda, “¿Quién vota por Cristina?”, *La Nación*, Buenos Aires, 26 de octubre, 2007, p. 6.

seis: las tres mencionadas y las bonaerenses de La Plata, Mar del Plata y Bahía Blanca.

El recorte sesgado impuesto por los grandes medios sobre el éxito urbano de las oposiciones ignora el triunfo oficialista en las capitales provinciales que se distribuyen por todas las regiones del país. Santa Fe y Paraná en la frontera norte de la pampa húmeda, en el noreste Corrientes y Resistencia, Tucumán y Salta en el noroeste, Mendoza en el centroeste y, finalmente, en el norte patagónico, Neuquén. Si sumamos el segundo lugar obtenido por la candidata del Frente por la Victoria en las mayores ciudades de la región central —a excepción de Córdoba, donde quedó tercera— concluimos que el lugar común impuesto del triunfo arrasador de las oposiciones en las urbes mayores queda seriamente cuestionado.

Además, hay que observar en dicha interpretación sesgada un enorme equívoco: no considerar al conurbano bonaerense con 11 millones de habitantes como una serie de ciudades o como un solo centro urbano, con mucho el mayor del país, cuando el único distrito de La Matanza cuenta con 1 millón 200 mil habitantes, tanto como la ciudad de Córdoba y más que la ciudad de Rosario, los mayores distritos en las provincias interiores de la geografía electoral argentina.

Aceptar esta comprobación incontrastable echa por tierra la tesis primera en la lectura propagada por los medios y deja al descubierto cierta sensibilidad clasista de la candidata Carrió, que se benefició particularmente con el respaldo de los sectores medio-altos en la ciudades mayores. Dichos sectores urbanos, ampliamente beneficiados por la reactivación económica y muy sensibles al ambiente de inseguridad ciudadana, en elecciones anteriores votaron a líderes de la nueva derecha neoliberal —López Murphy, Mauricio Macri— pero en octubre se volcaron masivamente en apoyo a la Coalición Cívica.²¹

Este vuelco hacia Elisa Carrió revistió una clara orientación defensiva de su reforzada posición socioeconómica y de repudio a la decisión de

²¹ Eduardo Paladini, “De Recolecta a Belgrano, el voto de macri se fue a carrió”, *Clarín*, Buenos Aires, 30 de octubre, 2007, p. 21.

Néstor Kirchner de no *criminalizar* la protesta social. Estos sectores privilegiados ven indistintamente en los delincuentes comunes, en los piqueteros y cartoneros una potencial amenaza a sus personas y propiedades. Los consideran una reedición del insolente poder de los “descamisados”, de “los negros de los sindicatos”, que en pasada época nacional desarrollista tenían la capacidad de paralizar al país enfrentando a la patronal y al Estado.

El recurso a la memoria de clase con su claro matiz racista y su convicción de la necesidad de mano dura para contener lo que imaginan como un previsible desborde social, reorientó sus votos hacia la candidata que fantaseaba con forzar una segunda vuelta, provocando en consecuencia una pobrísima cosecha electoral para los postulantes de la derecha explícita (Ricardo López Murphy, Jorge Sobisch, Francisco de Narváez).

Los escasos votantes que se identificaban como católicos también se sumaron a la Coalición Cívica, influídos por la resistencia de la Iglesia católica a la política sanitaria progresista del kirchnerismo. Sin embargo, como en toda América Latina, la influencia de la Iglesia en la vida social está decayendo notoriamente por el peso negativo de sus definiciones conservadoras y el avance de las confesiones evangélicas.

Los pastores de estas iglesias afirman contar con un caudal de 5 millones de votantes sobre un padrón nacional de 27 millones; aunque afirman no tomar partido en la puja electoral, los dirigentes de la derecha neoliberal se muestran muy interesados en explotar esta reciente y prometedora cantera de posibles simpatizantes.²² Una interrogante que cabe para el futuro es si entre esta nueva feligresía no emergerá una renovada derecha de ideología religiosa, como ha ocurrido en Estados Unidos en las últimas décadas.

Un sector más tradicional del espectro conservador que salió mejor librado de la contienda electoral, pues alcanzó un 11% del total nacional, lo formaron los restos del peronismo neoliberal que llevó como candidato a Alberto Rodríguez Sáa y obtuvo el apoyo de Carlos Saúl Menem. Durísimos críticos de la experiencia kirchnerista, utilizaron los antiguos ritos

²² Sergio Rubín, “Cinco millones de votos evangélicos, un preciado objetivo de campaña”, *Clarín*, Buenos Aires, 13 de octubre, 2007, p.14.

peronistas con la intención de rescatar su “auténtica identidad” y descalificar al Frente por la Victoria oficialista, en un trasnochado intento de resucitar el clima de guerra civil intraperonista de los años setenta.²³

Dicha oferta de arcaico ritual peronista y real orientación neoliberal ya no atrajo al electorado conservador como en los años noventa y despreciando a sus liderazgos de éxito más reciente —López Murphy y Macri— se inclinó pragmáticamente por la candidata de la Coalición Cívica. Este sector del electorado sí ha mostrado en los últimos años una notoria movilidad, obligando a Elisa Carrió a inclinarse hacia la derecha del espectro político.

La competencia por el liderazgo nacional de esta significativa franja de opinión queda entonces planteada entre la mencionada líder y Mauricio Macri, desde su sólido bastión en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

La dinámica conflictiva de la estructura económica social construida en el último cuarto del siglo pasado, las consecuencias de su crisis y la reconstrucción reciente parecen destinadas a disolver los partidos políticos y movimientos ideológicos surgidos en aquellas etapas fundacionales de la Argentina contemporánea: la agropecuaria, exportadora y liberal (1880-1930) y la industrialista, populista y desarrollista (1930-1975). Es evidente hoy que el radicalismo y el peronismo, expresiones políticas arquetípicas de aquellas etapas, están en definitiva disgregación, pero no sólo ellos.

Los minúsculos partidos de izquierda —que presentaron tres candidatos trotskistas y uno comunista, y ninguno alcanzó el 1% en la votación presidencial, y fueron, además, superados por el conocido cineasta Fernando Pino Solanas a la cabeza de un reciente agrupamiento nacional populista radicalizado— son víctimas de una doble crisis provocada por su ineficacia para capitalizar la coyuntura de 2001-2002, y el naufragio irreparable de dos ciclos históricos mundiales inaugurados por las revoluciones socialistas soviética y china. Claro está que el parámetro electoral no es el único para evaluar la influencia política de las izquierdas, y se puede aducir que su

²³ “Rodríguez Sáa quiere volver a intentarlo”, *La Nación*, Buenos Aires, 4 de noviembre, 2007, p. 14.

inserción en el estudiantado universitario, el sindicalismo y los movimientos sociales no es despreciable. Pero esta influencia fragmentada y difusa no alcanza para lograr audiencia de masas ni representación sindical o política apreciable. Parecen seguir prisioneros del culto de experiencias fracasadas, del personalismo y faccionalismo propio de sectas estériles, como sobrevivientes de épocas pasadas.

Al contrario, las organizaciones de derechos humanos y de piqueteros constituyen ejemplos sobresalientes de los nuevos movimientos sociales que surgieron de la resistencia a la represión, la desocupación y la marginalidad. La política de derechos humanos del kirchnerismo y el cambio en la coyuntura económica social, influyeron para tentar a fracciones de dichos movimientos a sumarse a la disputa electoral. El sector de las Madres de Plaza de Mayo liderado por Hebe Bonafini apoyó a Cristina Fernández de Kirchner, y Raúl Castells, el dirigente del Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados, compitió con los candidatos de izquierda por su insignificante caudal electoral.

Las expectativas que despertaron los movimientos sociales, surgidos en defensa de los derechos humanos y en oposición a las consecuencias negativas de la aplicación y crisis del neoliberalismo globalizador, de convertirse en embriones de inéditos sujetos políticos, no se han visto concretadas en esta coyuntura. Resulta evidente que la competencia electoral no es terreno propicio para dichos movimientos, aunque su emergencia y despliegue —si bien pasajeras para la mayoría— han contribuido a derruir el sistema de partidos convencionales y a poner en cuestión la estructura socioeconómica heredada de los militares golpistas de 1976 y la gestión de Carlos Saúl Menem en la década de 1990. Néstor Kirchner y su administración relativamente heterodoxa serían impensables sin el estallido social y político y el naufragio económico de 2001 y 2002.

CONCLUSIONES

Los resultados electorales de 2007 abren más interrogantes que respuestas ante la obvia necesidad de reordenar el juego político. La primera concierne

a la relación entre el triunfante FPV y el inmovilizado aparato del Partido Justicialista. Néstor Kirchner ¿tomará el control del PJ?, ¿qué pasará con sus aliados radicales y centroizquierdistas?, ¿intentará, como hizo Juan Domingo Perón en su momento, fusionarlos en una nueva estructura ahora de contenido neodesarrollista democrático?, ¿serán compatibles estos materiales de “la vieja política” para crear algo nuevo y distinto?

Este inevitable realineamiento seguramente no incluirá al sector neoliberal del peronismo que, hoy día, aunque tenga una historia diferente podría coincidir con Mauricio Macri y López Murphy creando un polo de clara definición derechista.

Por su base socioelectoral y sus posiciones en la campaña presidencial, Elisa Carrió competiría con el posible agrupamiento mencionado, pero a riesgo de perder el ARI un ala de centroizquierda que puede ser absorbida por el kirchnerismo o el Partido Socialista.

Lo que resta de la Unión Cívica Radical (UCR), que no se alió a Kirchner y apoyó a Roberto Lavagna, para alejarse de él ante los magros resultados de octubre, difícilmente logre revertir un proceso al parecer imparable de dilución de su identidad histórica y dispersión de su aparato partidario.

Entre las fuerzas que parecen apuntar al futuro está el reconstituido Partido Socialista, que con Hermes Binner gobierna la provincia de Santa Fe, pero que con Rubén Giustiniani, acompañante de Elisa Carrió en la derrotada fórmula de la Coalición Cívica, muestra una notoria ambigüedad en su orientación estratégica que presenta dos rostros: del centro a la izquierda con Binner y con Giustiniani del centro a la derecha, aparte de un ya claro problema de competencia por el liderazgo de la organización. Es evidente que en el panorama nacional tanto el oficialismo como Carrió intentarán sumarlos como aliados.

Otro líder que ha mostrado carisma y capacidad de convocatoria, Luis Juez, en la también estratégica provincia de Córdoba, que ha enfrentado al aparato del peronismo tradicional con menos fortuna que Binner, será igualmente cortejado por el proyecto que intente Néstor Kirchner y por la oposición. Tanto el gobernador santafesino como el dirigente cordobés aparecen como rostros más creíbles de una *nueva política*, que los personajes

y estructuras del peronismo que seguramente intentará reciclar Néstor Kirchner.

Queda finalmente preguntarnos qué pasará con las izquierdas y los movimientos sociales. Es evidente que el Congreso de los Trabajadores Argentino (CTA), las organizaciones de derechos humanos y de piqueteros, y las agrupaciones del estudiantado universitario, gozan de mayor impacto y representatividad en sus respectivos ámbitos de actuación, que los pequeños partidos de izquierda de pobrísimo apoyo electoral y prácticamente nula presencia en las instituciones estatales.

En este espacio del espectro político no hay mayores novedades alentadoras, pareciera ser que entre los autopostulados *revolucionarios* impera en realidad la rutina militante y el peso de las tradiciones ideológicas, aunque las reivindicaciones particulares de los movimientos sociales —asumidas en muchos casos por los diferentes grupos de izquierda— permean a la sociedad argentina de un clima de inquietudes y propuestas progresistas que, quizás en el futuro se conjuguen en un partido-movimiento de nuevo tipo, como ocurre ya en otros países latinoamericanos.

¿Qué se puede esperar de la pregonada “nueva política” que, al parecer, se construirá con los escombros y algunos ladrillos rescatables de edificios que se construyeron en otras épocas de pasada prosperidad y optimismo? Ésta es sin duda una etapa de transición, abierta a un horizonte tan inquietante como prometedor, y los años venideros comenzarán a respondernos con sus hechos.

Recibido: 20 de diciembre, 2007.

Aceptado: 21 de agosto, 2008.